

LO QUE LA ENFERMERÍA ME ENSEÑÓ Y ME QUEDA POR APRENDER...



Me llamo Coral y tengo veintiséis años. No soy de esas personas que tenían tan claro desde pequeña a lo que me quería dedicar, no soy de las que cuidaban a sus muñecos o jugaba a poner vacunas. Yo era de aquellas chicas que no tenía un futuro definido, simplemente me dejaba llevar.

Mi relación con la Enfermería comenzó francamente mal. Me presenté a Selectividad nada más terminar el instituto y me faltaron unas décimas para poder entrar y, en vez de intentarlo de nuevo, escogí otra cosa para la que sí que tenía nota para entrar. Estuve durante cuatro años con la Enfermería en el subconsciente, a veces emergía en mis pensamientos, pero utilizaba todos mis mecanismos para protegerme de ella... pero una profesión como esta no se puede reprimir ni evitar.

Las madres son sabias y se dan cuenta de todo, la mía no iba a ser menos. Recuerdo que me propuso gastar todos sus ahorros para entrar a una universidad privada, pero me negué, no me parecía justo para ella. Comencé a trabajar mientras estudiaba, “trabajitos” de esos para subsistir, en los que no me sentía nada cómoda, pero necesitaba dinero para costearme los estudios y ayudar en casa. Mi madre no paraba de repetirme que me dejara de todo eso que estaba haciendo y que luchase por entrar en Enfermería, que me volviese a presentar a la Selectividad y me dejase de tonterías. Yo estaba derrotada, no lo había conseguido al primer intento y, ¿cómo lo iba a conseguir ahora? Después de la insistencia de mi madre y por una vez en mi vida, le hice caso. Saqué suficiente para la Escuela de Enfermería que ha sido mi casa en estos cuatro años y mi madre me dijo unas palabras mágicas que nunca olvidaré: “te lo dije”. Ahí me di cuenta de las primeras enseñanzas que me estaba dando la Enfermería: lucha o lucha, además provenía de la primera persona que me enseñó el significado de “cuidar”.

Recuerdo que, en primer año de carrera, mi profesora de Historia de la Enfermería me dijo que la enfermera es esa figura que está a pie de calle, que es la que más cerca está de los pacientes y la que puede identificar los problemas que existen en la comunidad y dar soluciones. También me explicaron las famosas competencias enfermeras y me llevé las manos a la cabeza, ¡tantos papeles para una misma persona!, si yo sólo las veo haciendo curas... Pero qué verdad era, la enfermera puede hacer eso y más. Otra de las enseñanzas que me estaba dando la profesión: las enfermeras son tan válidas (o más) que cualquier otro profesional sanitario competente. Poco a poco te vas dando cuenta de la **individualidad**, potencial y misión de la Enfermería, despejas esos pensamientos

tendientes al paternalismo que tantos años nos ha hecho sombra y empiezas a pensar que lo más parecido a ser enfermera es ser una superheroína. No sólo sabemos de técnicas, de sondas, de venas complicadas... ¡sabemos de investigación!, podemos manejar programas informáticos estadísticos, sabemos comunicar, podemos doctorarnos y hasta podemos dar clases en la universidad. No tenemos fin, de eso no cabe duda.

También hubo algunos momentos que me cabré con esto de ser enfermera. Un día estando como alumna en prácticas en el quirófano ejerciendo de enfermera circulante, me relegaron a ser la que le limpiaba las gafas al cirujano traumatólogo en cada martillazo que propinaba sobre un fémur mientras que su residente era un mero espectador de la intervención. Esa tarde me dije: “pero si nosotras lo valemos más, ¿por qué tenemos que hacer esto?”. En ese momento empecé a darme cuenta de la realidad... tal vez todo no era tan idílico como me habían contado. Pensaba que esos tiempos en los que las enfermeras eran simples ayudantes o ATS se habían terminado con la implantación de la Enfermería como carrera universitaria, pero no, todavía hay existe esa falta de reconocimiento.

Si hay algo que te da la condición de ser alumna es que tienes más tiempo para observar y analizar lo que acontece alrededor. Al poco tiempo me empecé a dar cuenta de lo que ocurría: las enfermeras estaban **estresadas**. Todo era a la carrera, pocas veces tuve a alguna tutora que emplease tiempo para conocer a sus pacientes (y sus nombres), se aprovechaban de los escasos minutos que tenías para colgar un suero para preguntar un “¿cómo te encuentras” o un “te veo mejor hoy”. Esfuerzos sobrehumanos en los que, si te pasabas de tiempo, el trabajo se te empieza a acumular y ya no hay un buen final de turno. La maldita importancia de permanecer tanto tiempo sentada con el ordenador registrando todo, cumpliendo unos objetivos o incluso los minutos tan valiosos que se pierden al teléfono obligando a descuidar a nuestros pacientes. ¿Por qué nosotras tenemos que trabajar bajo esas condiciones teniendo semejante responsabilidad en nuestras manos? ¿cómo hago para atender al pasillo de segundos entero y que estén satisfechos con mi trabajo? ¿se me habrá olvidado algunas de las peticiones que me hizo algún paciente cuando iba de regreso al control a por más material? Y la peor de las cuestiones que nos hacemos: ¿de verdad estoy siendo una buena enfermera? No quiero a partir del quince de junio (cuando comienza mi contrato de verano) volver a mi casa con esa sensación. Necesito que se escuchen las peticiones de cambio y se ven pocas enfermeras dispuestas a quejarse, en las plantas se palpa la resignación y escasea el espíritu de lucha.

Recuerdo una tarde en la que una de las representantes del SATSE del hospital subió a la planta a informarnos sobre la recogida de firmas para la **Ley de ratios enfermeras**. Los

comentarios cuando ella se marchó fueron de pesimismo, “eso nunca va a cambiar, no hay nada que hacer”. Este fue otro de los motivos por el que la Enfermería me enfadó. Tenemos que movilizarnos y alzar la voz, ayudarnos de sindicatos o plataformas que nos suscriban y apoyen en nuestras denuncias. Me disgusta ver la figura de la enfermera como un ser hastiado, resignado, en su zona de confort y sobrecargado. ¿Acaso nuestra profesión no es la considerada más bonita del mundo? Yo creo que es así y por eso la elegí, los que vienen detrás también se merecen una Enfermería imparable y de fuertes convicciones.

Pero no todo son decepciones. En los cuatro años de carrera se aprende una cantidad de conocimientos impresionante pero también te enseñan a desarrollar habilidades sociales imprescindibles para ser un buen profesional y para ser un buen ser humano. Para todos los futuros estudiantes de Enfermería, la nueva palabra que tenéis que conocer y comprender es la **empatía**. Yo nunca me lo había planteado, siempre te dicen que tienes que ponerte en el lugar de los demás, pero se queda en eso. Trabajando con personas que están asustadas con tantos diagnósticos desesperanzadores y con tanto miedo a conocer el sufrimiento, es cuando la usas de verdad. A veces perdemos el rumbo en el entorno asistencial, se nos olvida empatizar porque, aunque yo vaya todos los días al hospital y sea una especie de segunda casa para mí, para los pacientes no es así. Empatizar es un arma muy valiosa y al alcance de todos.

Por último, me quedo con otra de las misiones que me ha marcado la Enfermería como de obligado cumplimiento: tengo que saber **humanizar**. Yo no quiero que mis pacientes me vean hacer mi trabajo cual autómeta, sin importarme su nombre o cuáles son sus sentimientos. Necesito ser una figura de confianza, alguien en quién apoyarse cuando pasen un mal momento, tengan dudas o necesiten hablar. Un entorno tan hostil y frío como es un hospital necesita de profesionales sanitarios que maquillen un poco esa realidad y le aporten un poco de calidez. No se me ocurre alguien que defienda mejor ese perfil que una enfermera: un ser cariñoso, sonriente, decidido y cercano.

Desde ahora dejo atrás mi posición de alumna y me convierto en lo que siempre quise.

¡Hola Enfermería, qué bonita eres!

